

XVII



SAINT-JULIEN, precisado á abandonar la causa de Galeotto, fué á pasar la tarde con Spark en el café del Sol de Oro. Contóle lo que había sucedido, y Spark, con su optimismo habitual, declaró que haber despedido al paje era una medida muy prudente de parte de la princesa, y un acontecimiento muy feliz

para Luís: procuró también consolarle de las injuriosas sospechas de Galeotto, diciéndole que el aprecio de semejante hombre era casi una ignominia.

Mientras esto decía Spark, creyó ver Saint-Julien detrás de la cortina de lienzo de la especie de tienda de campaña en que se hallaban, la sombra vaga de un individuo de pequeña estatura que, al parecer, los estaba escuchando: hablaron en voz más baja, y desapareció la sombra. Pero cuando, habiendo dado las once, se despidió Spark de su amigo, según costumbre, sintió éste, al revolver una calle muy oscura, que le daban un golpecito en el hombro. Volvióse al punto, y vió junto á sí un hombrecillo embozado en una larga capa, el cual

le dijo en voz baja:—Calla, soy Galeotto,—y entraron juntos en una calle desierta á la sazón, hablando con suma cautela.

—¡Cómo!—dijo Luís—¡ya estás de vuelta, y aún no hace seis horas que nos despedimos!

—Y aún es mucho en un imperio donde no se puede cazar una liebre sin exponerse á violar el territorio extranjero. Me apeé en la frontera, tomé una jícara de chocolate, y dejé mi maleta en la posada; luego, tomando varias sendas que yo conozco por las montañas, llegué aquí sin encontrar á nadie en el camino. ¡Poquito á poco, señora Quintilia; aún no tenemos, á Dios gracias, una Siberia á nuestras órdenes! Pero escucha, Giuliano; ya sé lo que debo pensar de ti; me has vendido sin querer, y sin saberlo te has vendido á ti mismo; has sido confiado y bonachón como acostumbras, y fuerza es que yo te perdone el haberme hecho víctima de tu simpleza, porque presumo que no tardarás en serlo tú también. Probablemente tendrán necesidad de ti, cuando no nos han despedido á los dos al mismo tiempo.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Luís.

—Escucha, escucha—replicó el paje:—he oído toda tu conversación con ese estudiante, ¡el diablo cargue con él! que no sé cómo se llama.

—Se llama Spark, y es el mejor de los hombres.

—Tanto mejor para Quintilia; es su amante, y se conoce que nos recomienda eficazmente. ¡Pobrecillo! puede que algún día podamos recompensarle tantas molestias como se toma por nosotros. Aquí no es de larga duración el reinado de un hombre; hay tiempo y esperanza para todos.

—Yo creo, Galeotto, que has perdido el seso—dijo Luís.— ¡Spark, amante de la princesa! ¡Si no la conoce, si acaba de llegar de Munik! ¡El otro día la vió pasar por primera vez y jamás ha puesto los pies en palacio!

—¡Buena razón! Pregunta al buen Dortan cómo se traba conocimiento con esas damas. Tu fumador alemán es bastante bien plantado, y su lánguida cabeza rubia no vale menos que las patillas de Lucio: dice que la vió pasar el otro día, señal de que él pasaría también ó de que estaba sentado al paso con la gorrita sobre la oreja, y la pipa en la boca. ¿No fuma madama Quintilia cómo una georgiana? Aquella pipa

la petaría sin duda, le haría una seña, ó la Ginetta le llevaría un billetito...

—Galeotto, tú deliras; la sospecha llegará á ser tu monomanía; si continúas así, pronto tomarás tu propia sombra por un ladrón

—Señor Cándido (1)—dijo el paje—¿sabéis leer, y conocéis la letra de la princesa?

—¿Qué quieres decir?—preguntó Luís todo trémulo.

—Lleguémonos á ese farol—preguntó Galeotto—y lee ese billete que el señor Sparco ó Sparchi, ó como se llame, dejó caer miserablemente del bolsillo hace un momento... toma, y lee.

Reconoció inmediatamente Saint-Julien la letra de Quintilia, y leyó con estupor estas pocas palabras:

«Pues no puedo ver esta noche á Rosenhaïm en el pabellón, iré á verte, querido Spark; deja entornada la puerta de tu casa que mira al río.»

—Ya ves—dijo Galeotto—que el señor Sparco es un buen diablo, muy guapo, complaciente, nada celoso y verdaderamente filósofo. Nosotros hubiéramos tenido acaso el necio orgullo de querer ser reyes absolutos al menos por tres días; pero á ese digno alemán poco se le importa vaya á buscarle de noche una hermosa princesa, y se quitará la pipa de la boca para decir: ¡Eh! ¡eh! pero tengan la preferencia el pabellón y Rosenhaïm y dilaten su ventura para el siguiente día, y él volverá á tomar su pipa, diciendo: ¡Ah! ¡ah! Hola, hermano Luís, ¿á qué viene esa cara de gato enfadado? Adelante.

—¿Á dónde quieres que vayamos?

—Á la orilla del río, donde veremos pasar á la princesa de incógnito.

—Galeotto—dijo Saint-Julien fuera de sí;—creo que eres el mismo diablo en persona.

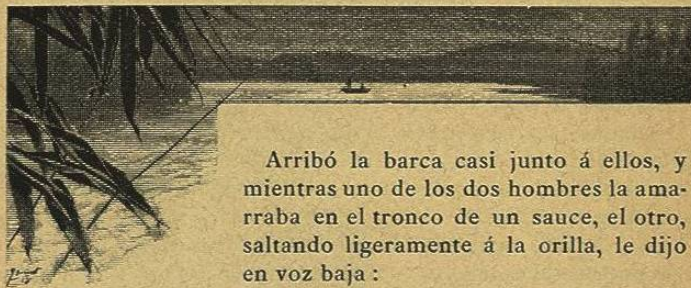
Buen rato tardaron en buscar al rededor de la casa que habitaba Spark un escondrijo desde donde poder acecharlo todo. Pertenece á aquella casa á un ebanista que había consentido en cederla toda entera por algún tiempo; en ella vivía

(1) Alusión al nombre del protagonista de la conocida novela de Voltaire, de este título.—(N. del T.)

Spark, solo é ignorado en el barrio más desierto de la capital. Daban sus ventanas sobre el Celina, rodeado en aquella parte de un espeso bosque de sauces donde fácilmente pudieron esconderse los dos amigos; un cuarto de hora después del toque de las doce, turbó el profundo silencio de la noche un ligero batir de remos y vieron deslizarse por delante de ellos una lancha en que iban dos hombres.

—No es ella—dijo Luís.

—Silencio—repuso Galeotto.—Me parece que conozco ese modo de remar: la Gina es hija de un gondolero de Venecia.



Arribó la barca casi junto á ellos, y mientras uno de los dos hombres la amarraba en el tronco de un sauce, el otro, saltando ligeramente á la orilla, le dijo en voz baja:

—Me aguardarás aquí.

—Sí señora—respondió; y mientras el primero se dirigía con rápidos pasos á la casa del ebanista, el supuesto remero se embozó en su capa y se tendió en el fondo del bote.

—¡Gina!—dijo el paje con voz atiplada llegándose á ella.

Estremecióse la Gina, púsose al punto en pie y tendió la vista en derredor con inquietud, pero ya el paje había vuelto á internarse en la sombra, donde permanecía inmóvil. Creyó la niña que había sido aquello una ilusión, y de nuevo se tendió en su lancha: Galeotto cogió del brazo á Saint-Julien y le llevó con mucho tiento á unos cien pasos del río.

—¿Dirás ahora que soy el diablo y que te hago ver fantasmas?—le dijo.

—Galeotto—respondió Luís—no sé si esto es un sueño, pero si alguno hace en él el papel de Satanás, es esa mujer impura que tiene en los labios tan castas palabras al servicio de su impudente falsía. Pero dime, ¿por qué es así con nosotros? ¿Por qué no nos trata como á Dortan, como á Spark, como á Rosenhaïm? ¿Por qué no recibimos por la mañana

una cita para la noche sin más ceremonia? ¿Á qué fin afanarse en inspirarnos respeto y temor?

—¿No lo sabes?— dijo Galeotto riéndose;— porque vivimos con ella y necesita servidores que la teman y necios que la admiren. Y luego, las mujeres estragadas son antojadizas, es decir depravadas de cabeza y de corazón: para ellas el placer y el amor son dos cosas distintas. La sandía confianza de un niño, como tú por ejemplo, las divierte y halaga su vanidad; es un pasatiempo para entretener la mañana, mientras llega el amante por la noche, que es también amable á su modo sin agraviar al tuyo. ¿De qué te apuras? Á ti te toca el mejor papel.

—¡Por la eterna condenación del infierno!— exclamó Saint-Julien — que es un papel abyecto y estúpido.

Galeotto se echó á reír.

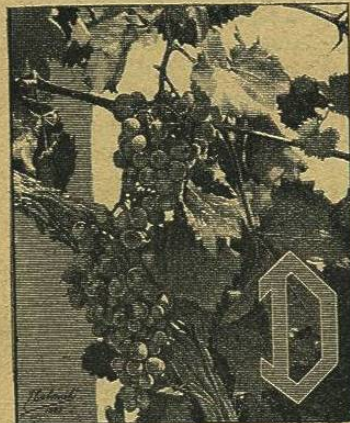
—Buenas noches, le dijo.—Voy á pedir hospitalidad á una pecadora que yo conozco; tú vuelves á palacio y prepara un soneto pastoril para presentársele mañana á su Alteza en un ramillete de alielés.

Saint-Julien, en vez de retirarse, fué á esconderse entre los sauces hasta el momento en que salió Quintilia de la casa de Spark; éste la daba el brazo. Acompañóla el alemán hasta la barca, y parándose entre los árboles, á tres pasos de Saint-Julien, la dió un beso en los labios; aquel beso hizo á Luís estremecerse profundamente, en términos que parecía querer salirse del pecho el corazón.

Despertóse la Gina sobresaltada cuando entró su señora en el bote.

—¡Adiós, adiós!— dijo Quintilia al joven alemán.

Retiróse Spark, pero permaneció asomado á su ventana hasta que se perdió la barca entre la bruma: Luís, escondido entre los sauces, la seguía también con los ojos. La princesa llevaba el sombrero en la mano; el viento hacía ondular sus rizos; estaba en pie y hermosa como un ángel con su traje de hombre.



XVIII

URANTE el resto de la noche, estuvo Saint-Julien entregado á más crueles angustias que nunca. Decididamente despreciaba ya á Quintilia, porque el descubrimiento de aque-

lla última vileza confirmaba todas las demás; para mentir de aquel modo, era preciso tener toda la impudencia que da una larga carrera de vicios. Pero, se decía á sí mismo Luís, ¿por qué tanto disimulo conmigo y tan poco con los demás? ¿Por qué no se ha fiado tanto de mí como se fía de Spark? De Spark, á quien no conoce y en cuyos brazos se echa sin cerciorarse en lo más mínimo del desprecio con que la mirará mañana? Bastante orgullosa para repeler las insolentes pretensiones de Gurk y de Steinach, se entrega sin rebozo á un pobre estudiante cuyo nombre apenas conoce. ¿Por qué no se ha mostrado á mis ojos tal cual es? Acaso la hubiera yo cobrado cariño y este cariño al menos no me hubiera hecho desgraciado. Franca, atrevida, dada á amorosos devaneos,

la hubiera querido como á un hombre; hubiera sido discreto como la Ginetta, en caso de necesidad, y al menos cuando hubiera hablado con ella, no hubiera tenido que estar siempre alerta, no hubiera hecho un papel ridículo, no me hubiera dejado subyugar por falsas virtudes. Semejante mujer nunca me hubiera inspirado amor; pero desde el momento en que me hubiera confesado francamente sus flaquezas, no me hubiera yo creído con derecho para despreciarla; hubiera sido tolerante con ella: la amistad puede serlo. ¿Creía no poder ganar en mí un amigo sin subirse sobre un pedestal y sin divinizar en sí el fango humano? ¡No es ella tan tímida, ella que hace gala de perdonar á los que condena la justicia de los hombres!... ¿Creía poder rodearse de tantas perfecciones sin hacerme que la amara con delirio? ¡Oh! no es ella tan ingenua; bien sabe lo que vale y lo que puede. Pero ¿qué quería de mí? Me ha tomado por capricho como tomó á Dorian, como toma ahora á Spark y con todo no ha hecho de mí su amante: me ha tratado como á un personaje político cuyo aprecio le sería útil y ha puesto en juego toda la habilidad de una hija de Satanás para cerrarme los ojos á la evidencia. ¡Miserable artificio! ¡Echarme á los pies una llave que nada encerraba sin duda y decirme todo lo que debía impedir á un hombre de honor el levantarla! Y en tanto lloraba y yo también... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿No es una infamia burlarse de esa suerte de los que creen en vuestro nombre?...

Y sobre todo, ¿por qué ese refinamiento de hipocresía conmigo? Deja á los demás que crean todo lo que les parece, nunca se ha justificado con Galeotto, y sólo para mí se impone el deber de fingir y aparentar todas las virtudes que desconoce y desprecia.

Volvió Luís á palacio y dió cien vueltas en su cama buscando siempre una respuesta á esta pregunta, pero no halló otra más probable que la que le había dado Galeotto, y era la de que Quintilia, como mujer estragada, quería probar de todo, aun de aquello de que no era capaz; que quería satisfacer su vanidad ó su curiosidad, inspirando un amor verdadero, contemplando desde el seno de la depravación el espectáculo, nuevo para ella, de las tímidas angustias de un corazón puro. No era aquello para ella más que un ensayo, un pasatiempo, un recreo gratis, una partida entablada con un *primo*

que aventuraba todo su porvenir y que debía perder ó ganar sin arriesgar nada en el juego.

Esta idea le arrebató de cólera en términos que no pudo en toda la noche pegar los ojos; todo el día siguiente lo pasó vagando por los bosques. Vió á lo lejos á Spark y se alejó precipitadamente: no sabía en verdad qué pensar de su amigo: ya le miraba como á un escéptico sofista, capaz de estar disertando horas enteras sobre la virtud, pero capaz también de capitular sin dificultad con el vicio, ya como á un intrigante más corrompido aún que la misma Quintilia y empleado por ella en vil oficio de espía.

Cuando, ya muy entrada la noche, volvió á su cuarto, rendido por el cansancio, halló la puerta cerrada por dentro con cerrojo, y una especie de vocecilla de baile de máscaras le preguntó «¿quién es?» por el ojo de la cerradura.

—¿Quién ha de ser?—respondió:—yo, que quiero entrar en mi cuarto. ¿Y vos quién sois?...

Abrióse al punto la puerta y al encontrarse con Galeotto, Luís retrocedió sorprendido.

—¡Silencio! ¡nada de exclamaciones!—dijo el paje.—Me ha parecido cosa chistosa esconderme en palacio precisamente y escoger tu cuarto por asilo; nadie me ha visto entrar... pero llévete el diablo por el plantón que me has dado! Estoy sin cenar y me caigo de debilidad; mira, tú que eres bueno y puedes circular libremente por los corredores, vé á traerme volando algún par de perdices escabechadas, con dos ó tres botellas del mejor vino que encuentres, y si tropiezas al paso con alguna jaletina de rosa ó alguna sandía acaramelada de Alejandria, no dejes de echarla los cinco y la gorra. Un paje italiano no se alimenta como un groom inglés, y desde que he mudado de régimen, me siento todo *splenetic and rash*.



Gran placer tuvo Luís en hallarse con su alegre compañero; la ironía era la única distracción de que se sentía capaz. Dió una vuelta por las cocinas y volvió con un faisán, dos botellas de vino de Chipre y una empanada de pistachos.

Cerraron las ventanas, corrieron las cortinas, echaron todos los cerrojos y en seguida se pusieron á cenar. Las locuras de Galeotto y el calor del vino irritaron de tal suerte la sangre de Luís, que en vez de dormirse en su silla, de lo que al principio amenazó á su compañero, cayó en un estado de exaltación medio febril, medio báquica que divirtió extraordinariamente al paje. Al cabo de una hora de charla calmóse de súbito y quedó tan sombrío que Galeotto, no pudiendo ya humanamente sacarle una sola palabra, tomó el partido de tumbarse en la cama y echar un sueño.

Sentía Saint-Julien dolores bastante agudos en la cabeza y en el pecho, pero ya se le había pasado enteramente la turca; sólo le quedaba una exaltación que le predisponía á la cólera.

—No—se decía paseando lentamente por la estancia al rojizo resplandor de una lámpara próxima á apagarse—no se dirá que me han puesto en una colección para estudiarme con microscopio como uno de los insectos de ese viejo chocho de Cantárida; no iré á arrastrar cobardemente por otros climas la herida que me ha hecho un dardo envenenado, mientras esa mujer se estará aquí haciendo la descripción de mi cerebro lunático y la disección de mis frases de novelas, entre una sesión de metafísica y una amorosa aventura nocturna. ¡No, no, por vida mía! no dejaré incrustar el episodio del secretario privado en la crónica escandalosa de la corte ó en las memorias secretas de la princesa, y si el villano Spark ú otro cualquiera redacta este capítulo, yo le ofreceré un desenlace digno de la oposición. ¡Veamos! ¡veamos! ¡Eh! Galeotto, no te duermas como una ostra y dime qué es lo primero que se dice á una mujer cuando se sale de debajo de su cama.

—¡Ah! eso es según—dijo Galeotto bostezando;—se hinca uno de rodillas y pide perdón con voz doliente; ó bien, y esto es lo más acertado, no se dice nada y se pide perdón después.

—Si grita, ¿qué se hace?

—¿Estás en ti? ¿Gritan acaso las mujeres? Eso ya no se estilaba.

—¿Y si se enfurece?

—Sería menester ser muy tonto para...

—Comprendo; no se la cree; ¿pero si el temor de ser sorprendida y la inoportunidad del momento le dan virtud?...

—Cuando se emprenden tales hazañas, jamás se debe retroceder ni vacilar, sean cuales fueren los primeros obstáculos: ser insolente á medias, es hacer el papel más desairado que se puede imaginar; valdría cien veces más no serlo ni poco ni mucho. El que no se embarca no pasa la mar, y el que es animoso tiene en su favor noventa y nueve probabilidades, mientras que la virtud de las mujeres no tiene más que una.

—Bien está... adiós, Galeotto: de aquí á una hora habré desaparecido como Max el bastardo, ó quedaré vengado.

—Mira, mira, ¿has perdido el seso? ¿adónde vas? ¿qué te sucede?

—¿De qué estamos hablando hace dos horas?

—Tú lo sabrás; estamos hablando sin decir nada, en consecuencia de lo cual vas á hacer que te asesinen.

—Ese riesgo necesito para sostener mi resolución; si lo que voy á hacer no fuera un acto de temeridad, sería una cobarde villanía. Jamás me sentiría con ánimo para dar un beso á esa mujer si no arrostrase por ella la muerte.

—Y si no hubieras bebido una dosis exorbitante de vino de Chipre... ¡Bah, bah! ¿crees que te pegan á ti esas calaveradas? Vuelve en ti, Giuliano: mírame cara á cara; ¿no ves dos Galeottos?

Paróse Luís en frente de él y le miró de hito en hito.

—Por quien soy que me das miedo de mirarte—dijo el paje:

—¡pareces un espectro!...

—Estoy ofendido y quiero vengarme: ¡adiós!—exclamó Saint-Julien; y salió de la estancia llevándose la luz.

No era Galeotto muy valiente y su delicada constitución justificaba hasta cierto punto esta flaqueza; así pues, cuando no por el sobresalto que le causaba el estar solo á obscuras, por el temor de que le hallaran en el cuarto del secretario, si en efecto intentaba éste alguna barrabasada y no le salía á medida de sus deseos, quiso tomar el portante; pero vió con terror que Saint-Julien, en su distracción, había cerrado la puerta por fuera y llevádose la llave consigo. Forzóse le fué resignarse y esperar...

XIX



ogró Saint-Julien escurrirse sin ser visto de nadie por pasadizos excusados hasta el tocador de la princesa; abrióle con mucho tiento, atravesó la alcoba que estaba en tinieblas, y se acercó de puntillas á su gabinete, del que veía salir por la puerta entornada un débil rayo de luz. Aplicando el ojo á aquella

rendija, pudo ver y oír lo que pasaba en el gabinete.

Estaba Quintilia tendida en su hamaca de seda de la India; llevaba una especie de bata holgada y ligera, y sus cabellos caían destrenzados sobre sus hombros desnudos. La Ginetta, sentada en un taburete, mecía blandamente la hamaca, cuyos cordones de hilo de plata tenía en la mano; una lámpara de alabastro, pendiente del techo, derramaba una voluptuosa y templada luz, y de un pebetero de plata encendido en mitad de la estancia se exhalaban suavísimos perfumes.

—Estoy rendida—dijo la princesa;—dame conversación, dime algo, Ginetta, porque si no, me duermo.

—Os dais muy mala vida, señora—respondió la Gina;—¡todo el día ocupada en los negocios, y toda la noche en los amores!... Apenas dormís cuatro horas, y por cierto que no es bastante.

—Tú hablas por ti, pobre-hija mía, y tienes razón, te hago

velar toda la noche, y muchas veces debes maldecirme. Pero ¿no podrías dormir de día, tú que no tienes nada que gobernar?

—¡Ah, señora! ¿quién no tiene también sus desazones?

—Pues ¿no te has consolado ya de la pérdida de Galeotto?

—¿Podía no? ¡Un monstruo que nos calumnia á las dos!...

—Gina, Gina, eres un poco veleta, y haces bien si así ahuyentas las penas. Yo no me meto en tus quebraderos de cabeza, no quiero ver más que lo que tienes de buena, tu discreción á toda prueba, tu cariño á mi...

—Y mi gratitud—dijo la Ginetta—porque os la debo, y muy grande.

—¿Por qué, hija mía?

—Porque siempre habéis sido bondadosa conmigo, y esto es todo lo que sé de vos; en lo demás no me ocupo, y cuando no comprendo algo, no me apuro por comprenderlo. Pero, veo, señora, que os dormís.

—En efecto, no puedo remediarlo. ¿Escucha, Ginetta, qué hora es esa que da?

—Las doce.

—Pues una vez que no salimos hasta la una, prefiero dormir este poco tiempo, y despertarme después; tú me despertarás cuando sea hora.

—En ese caso me voy á trastear por mi cuarto, porque si me quedo aquí en esta media luz, de seguro me duermo también.

—Vé, hija mía, vé, y sé siempre buena y fiel.

Vió Saint-Julien á la Ginetta salir por la puerta opuesta y cerrarla detrás de sí; esperó algunos minutos, y cuando estuvo bien seguro de que la princesa empezaba á dormirse, entró de puntillas y se acercó á ella.

Entonces que ya no la amaba, y que la miraba como á una ramera, al mismo tiempo que una penosa turbación oprimía su pecho, un sentimiento de irresistible curiosidad le excitaba á la insolencia. Podía contar las pulsaciones de su corazón, y respirar su abrasado aliento; dejándose llevar de sus impresiones naturales, sentía una mezcla de deseo y de temor; pero cuando se acordaba del insensato amor que había profesado á aquella mujer, sólo sentía la necesidad de la venganza. Y sin embargo, contemplando aquel rostro tan noble, embelle-

cido por la calma del sueño, empezó involuntariamente á dudar de la infamia con que suponía mancillada su frente. Aquella frente era tan pura, brillaba tan serena bajo sus largos cabellos negros; aquella actitud cansada revelaba tanto olvido del momento presente, tanta indiferencia hacia lo que pasaba en el alma de Saint-Julien, que éste quedó como subyugado por un profundo respeto. Mirábala atentamente, procurando sorprender en el secreto de sus ensueños, en la agitación de su seno, la revelación inmediata de un carácter envilecido y de una depravación habitual. Una sílaba furtiva escapada de sus labios, un suspiro lascivo hubiera bastado para darle la insolencia que le faltaba; pero un sueño tranquilo se parece tanto á la inocencia, que Saint-Julien estuvo por un momento á punto de retirarse en silencio, y de renunciar á su empresa.

Pero el recuerdo de Galeotto que le esperaba, y que se burlaría de él, le hizo avergonzarse de su timidez, y pensando que los momentos eran preciosos, resolvió estampar un beso en los labios de Quintilia; pero en vano... jamás pudo decirse á ello, y se contentó con besarla la mano.

—¿Quién es?—dijo despertándose sin mostrar gran sorpresa ni el menor sobresalto.

—¿Quién os ama y muere por vos—la respondió.

—¡Giuliano!—dijo incorporándose:—¿qué es esto? ¿qué hora es? ¿dónde estamos? ¿quién me ha cogido la mano? ¿qué quieres, y qué dices?

—Digo que es preciso que tengáis compasión de mí, ó que yo muera—dijo Luís echándose á sus pies, y procurando volver á asirla la mano; pero ella se la alargó sin resistencia, y le dijo con dulzura:

—¡Jesús! ¿pero qué te pasa, pobre Giuliano? ¿por qué has entrado aquí? ¿qué desgracia te amenaza? ¿qué puedo hacer por ti?

—¿No lo sabéis?

—No por cierto: ¿qué hay? ¿qué te han hecho?

—¡Ah!—exclamó Luís, dominado por la indignación—muy hábil sois en verdad; aparentáis ignorar las cosas más sencillas, y sin embargo...

—¿Y sin embargo qué?—dijo Quintilia estupefacta, incorporándose del todo.

Entonces, advirtiendo que tenía el pecho descubierto, no mostró por ello la menor turbación, y le dijo:

—Hijo mío, hazme el favor de traerme aquel chal, y luego me explicarás qué es lo que te tiene tan fuera de ti.

Creyó Saint-Julien que no le pedía el chal con otro objeto que con el de hacerle reparar en su desnudez, y la echó los brazos exclamando:

—Quedaos así, quedaos así, ¡escuchadme!...

—Luís, volved en vos—le dijo repeliéndole con dulzura;—es imposible que no os pase algo extraordinario; decidme pues lo que os sucede, porque á fe mía no os reconozco.

—¡Bueno!—dijo Luís entre sí;—ahora hace como que no se acuerda del chal, se hace la desentendida para animarme... Este es el momento...

—¡Oh, Quintilia!—exclamó estrechándola fuertemente á su seno—¿no sabes que te adoro, y pierdo el juicio, queriendo tratar de vencerme? ¿No sabes que no hay humana fuerza que baste para tanto, y que es preciso apiadarte ó morir?

Y mientras así la estrechaba entre sus brazos, sentía encenderse en su pecho los fuegos del deseo; olvidando su odio y su resentimiento, no tuvo ya necesidad de fingir, y como ella le resistía sin cólera y procuraba reducirle á la razón con palabras afectuosas, creyó que podía tomar nuevos bríos y empleó la fuerza para besar su rostro y su cuello...

Pero no había previsto lo que sucedió.

Púsose la princesa en pie con la rapidez del rayo, y asíéndole de la garganta se la apretó con mano tan viril, que le hizo caer pálido y medio ahogado á sus pies: era Quintilia mujer de un vigor nada común y de un carácter firme y violento cuando la exasperaban. Precipitóse luego sobre él, le puso una rodilla sobre el pecho, y sin darle tiempo para saber lo que le pasaba, hizo brillar á dos dedos de su rostro la punta del puñal que siempre llevaba consigo. Saint-Julien se acordó de Max é hizo un esfuerzo para desasirse; mas ella le apoyó la punta del cuchillo sobre las arterias del cuello, diciéndole:

—¡Si haces el menor movimiento, eres muerto!—mientras con la otra mano tiraba precipitadamente de la campanilla cuyo cordón de hilo de oro pendía del techo sobre la hamaca. Cuando por segunda vez procuró Luís escaparse, sintió el agudo acero que le entraba ligeramente en la carne y hume-

decido su pecho con algunas gotas de sangre. ¡Perrol—le dijo Quintilia con el acento de la cólera y del desprecio:—¡mira por tu vida; evítame el asco de arrancártela por mi mano, miserable!!

Oyéronse entonces precipitados pasos. La campanilla de que había tirado la princesa llamaba generalmente al cuarto de la Ginetta; pero cuando sonaba con mucha fuerza, daba la señal de alarma á los criados dormidos en una pieza inmediata. Al oír que se aproximaban aquellos testigos de su vergonzosa derrota, ó tal vez aquellos vengadores de la princesa, hizo Saint-Julien un esfuerzo desesperado y se desasíó, sin más contratiempo que una cortadura poco profunda, y precipitándose hacia la puerta por donde había entrado, huyó á todo correr.

XX



ERO lo que no sabía es que Quintilia, informada de la presencia de Galeotto en palacio, había hecho cerrar todas las puertas y guardar todas las salidas, recomendando que se apoderasen del rebelde á la menor tentativa que hiciese para escaparse.

Viendo pues Saint-Julien en todas las puertas alabardas cruzadas y rostros amenazantes, tomó el partido de ir á encerrarse en su cuarto y esperar allí su suerte. Galeotto, viéndole entrar pálido, desencajado y salpicado el pecho de sangre, exclamó en una especie de delirio:

—¡ Monaldeschi ! ¡ Monaldeschi (1) !

Esperaba verle caer muerto de un momento á otro; pero habiéndose Luis enjugado el pecho y recobrado sus fuerzas, le contó jadeando lo que acababa de pasar, cosa que no dejó á Galeotto muchas ganas de reír : todas aquellas precauciones

(1) Recordando el trágico fin del infeliz italiano de este nombre, favorito de la célebre Cristina de Suecia.—(N. del T.)